

Personalmente Anselmo Alfaro, tiene prendas de carácter que lo hacen accesible y blando para todos. Hay *sprit* y brillantez en su conversación que brota espontánea y sonora de sus labios, conquistando sonrisas y amigos. Tiene este poeta un corazón de oro y una inteligencia que propende al vuelo. Deseara yo que me llamase su amigo.

### Ramon Rodriguez Rivera.

#### XXII.

**L**AS Musas no han sido esquivas con él; él ha sido el esquivo con las Musas.

Poeta nacido en la *tierra caliente*, bajo la zona que besa y fecunda un sol ardoroso y radiante, todos sus cantos los ha consagrado á la Naturaleza.

Su mirada sedienta de luz y ávida de horizontes, ha vagado inquieta por campos, selvas, mares y firmamento. Y á cada uno de ellos ha tomado sus misteriosas armonías.

Del campo ha recojido el suspiro de la flor solitaria, de la selva el canto del ave errante, del mar el grito de las olas enfurecidas, del firmamento el estampido del rayo tonante y lumíneo.

A eso, á todo eso que es tan bello, que inspira y deleita tanto, á todo ha cantado Rodriguez Rivera.

—Y, cómo?

—Perfecta, airosamente.

No sólo lo decimos nosotros. Lo han dicho los críticos de allende los mares. Su silva al *Labrador* es un himno torrentoso á la agricultura, á la agricultura que pintada por él parece un sueño de Virgilio. ¡Qué cuadros los suyos! ¡Qué oriental colorido! ¡Qué animación tan fascinadora y riente! ¡Qué pincel tan diestro! ¡Qué paleta tan rica de animados colores!

Y no es esa la única composición del género descriptivo que ha valido á este poeta calurosas alabanzas. Son varias y todas ellas llenas de bellezas de primer orden. Pocos versos sentimentales ha escrito: sus *Brumas* son de ese género, si bien muy pocas. Son casi epopeyas de su corazón, pero breves, muy breves. Hay en su forma la de Heine y la de Becquer; en el fondo, nada. Muchos elogios hizo

uno de nuestros grandes literatos al examinar estos rapidísimos poemas, que en verdad por su fondo triste y melancólico tienen algo brumoso, algo que se parece á la tiniebla cuando empieza á surgir en el horizonte que se estrecha y se estrecha. Pero esta poesía de las baladas no es la poesía de Rodriguez Rivera. Su musa es como la alondra, alada é inquieta. Su inspiración yerra como las brisas por los campos dilatados que florecen con la Primavera.

El bosque rumoroso, el torrente atronador, la seranía abrupta é imponente; los conciertos de mil pájaros, el ruido de millones de insectos, el de los vientos estremeciendo el follaje pomposo y sonante; todo este conjunto heterogéneo y magnífico con sus voces que sobrecojen y admiran, es lo que impresiona á este poeta, arrancando á su plectro cantos que llamáremos genésicos por su fuego y su vida poderosos.

FEDERICO C. JENS.

XXIII.

**H**AY algo excepcional en el carácter de este poeta. Su naturaleza es de por sí irritable, lo que le hace excesivamente fogoso, locamente apasionado.

Tiene algo caballeresco y es, por otra parte, un verdadero niño.

Hablando de sus versos, cuando esplica la historia de ellos, cuando señala lo que en ellos no ha querido que se vea, sus ojos se llenan de lágrimas, ó si esto no acontece, brillan intensamente.

Es un enamorado ardiente de Psiquis: la hermosura de la diosa produce el éxtasis en su espíritu: tiene sed de ella y la sigue, la sigue incansablemente.

Ni una sola de sus flores primaverales ha caído á los piés desnudos de la radiante Vénus. En el altar de sus dioses castos sólo existe un perfume: el del incienso. No es un poeta místico, tampoco un poeta gentil.

Entre Laura, la desdeñosa vírgen de Petrarca y Francesca la febril amante de Paolo, optaría por la primera y sin ninguna vacilación.

Este es el poeta.

Federico Jens ha escrito lo bastante para acreditar su inspiración. Uno de sus poemas titulado "Amor de Madre," le valió por parte de selecto jurado literario, distinguidísima mención, habiendo competido con poetas de altísimo vuelo, que ocurrieron al certámen respectivo.

## PORFIRIO PARRA.

XXIV.

**H**EMOS escrito un nombre ante el cual nos descubrimos respetuosos.

Quién dice Porfirio Parra dice también insigne sabio, elocuente orador y poeta inspirado.

Ya lo ven los lectores, triple corona de gloria adorna la frente de este joven mexicano, cuya modestia realza aún más su mérito indiscutible.

Y como si esto no le bastara tiene otro don de tanto ó de mayor valía que aquellos dones, verdadero tesoro de los dioses: digámos cuál. Cuenta con el

amor de la juventud estudiosa que lo admira entusiasta; de la juventud que ávida de ilustracion y progreso, recoge de sus labios de maestro el verbo de la ciencia, verbo que brota de ellos alentando con poderosa y nueva vida, fecundo y lleno de vigorosa sávia.

A fuer de sinceros confesamos que en la ejecucion de esta semblanza nos sentimos presa de insacudible embarazo. Un temor respetuoso nos detiene, la pluma se embota y la imaginacion ya sin vuelos se siente á oscuras, efecto de natural deslumbramiento.

Tímido pintor, nos damos á las manos con una figura marmórea que nos impone, que no hemos de reproducir fielmente y vacilamos en la tarea, arrojando el inútil pincel.

Y nuestro asombro se justifica con solo expresar, que jamás entró en nuestras ideas la de suponer que hubiese poeta que cantara á *Las Matemáticas*, lo que ha hecho el Sr. Parra superando toda ilusion, allanando todo obstáculo, venciendo gloriosamente, para decirlo de una vez.

Lo dejamos pues en la dorada cima de su talento, que ya se muestra tan poderoso.

Pero no terminaremos sin reproducir ántes como

una muestra valiosísima de su estro privilegiado, un soneto suyo que escribió con igual título al de otro de Diaz Miron, muy bello también y que le fué dedicado por el aclamado poeta veracruzano.

Dice así este soneto, que viene á ser aquí adornado delicadísimo:

### LAS COSAS.

AL EMINENTE POETA SALVADOR DIAZ MIRON.

Forman del mundo el seno y la faz bella  
Las cosas mil, en muchedumbre tanta  
Que de ignoto poder que nos espanta  
Son la visible y misteriosa huella.

Distintas son, más la unidad las sella,  
Su multitud nos turba y nos encanta.  
¡Cuántas ligan al hombre con la planta!  
¡Cuántas unen el átomo á la estrella!

¿Cómo surge el conjunto? ¿De qué modo  
Se ve el hilo que enlaza y hermo sea  
Tendido entre los cielos y el vil lodo?

El que union en las cosas y órden crea,  
Y manifiesta á Dios, rijiendo todo,  
Es el rayo lumínico de la idea.

### RAFAEL DELGADO.

XXV.

**T**ENGO una deuda de gratitud para con este inspirado poeta veracruzano, deuda que quisiera pagarle de una manera tan merecida como espléndida.

A su talento y á su bondad tan notorios debo un galante prólogo para mi segundo libro de versos, que se titulan "Ecos del Alma."

En su prólogo Rafael Delgado dijo cosas de mí que al hacer su semblanza quisiera devolverle, porque al hablar de mis versos que nada valen, parece que habló de los suyos que son tan bellos.

Modesto este poeta hasta un grado que sorprende, su nombre pasa casi perdido entre nosotros; y esto aun con valer tanto que apenas sí tendrá rival en México, en lo correcto é inspirado. Sus versos revisten la forma griega, que es la forma artística por excelencia. Son hijos perfectos de un talento ricamente cultivado y de un ingenio peregrino. Si tuviera yo algunos de esos versos los pondria en estas páginas como se pone una flor preciosa en humilde y toscoso vaso. Y el lector se embriagara con el suave perfume que de ellos se exhalara. Porque entre esos versos,—flores del alma de tan delicado poeta,—ni una sola he visto pálida y marchita, ni una sola agostada por el sol del desierto, que no ha podido reanimar la fresca brisa de la aurora. Todas son bellas; todas rescas y brillantes; todas recuerdan el oasis; todas hacen pensar en la Primavera.

## MANUEL E. RINCON.

### XXVI.

UNA fiesta de la civilizacion celebrada en la bellá Orizaba, llevó á esta ciudad veracruzana numeroso concurso de poetas y escritores de México. Y entre estos Juan de Dios Peza, á cuyo brazo jóven y vigoroso se apollaba su anciano padre, adoracion del bardo incomparable. Alejándonos de las fiestas públicas para entregarnos á otra mas íntima y mas grata por lo mismo, nos dirigimos al Casino de dicha ciudad, instalándonos en su elegante gabinete de lectura. Tratábase de hablar un poco de literatura. Estábamos en aquel lujoso estrado, Juan de Dios Pe-

za y su padre, Agustin F. Cuenca, Vicente Daniel Llorente, Joaquin Trejo, Gregorio Aldasoro, Manuel E. Rincon y el que esto escribe. Peza acababa de regresar de España: sus recuerdos de aquella hermosa tierra estaban entonces frescos y latentes y á impulsos de su fogosa fantasía y de su noble corazon, tan reconocido y tan blando, nos hablaba de ellos con sabrosa y exquisita verba, con delicioso *sprit*: le oíamos encantados. Allí nos dijo quienes eran y cómo eran Nuñez de Arce, José de Selgas y Antonio F. Grillo. ¡Qué retratros aquellos! . . . . Hablaban y se movian.

Calló Juan Peza y como la cita tenia por objeto hablar de nuestra literatura, cada uno de los presentes fuimos penados á recitar algo de lo nuevo que tuviesemos escrito. Cuenca nos recitó en parte su soberbia poesía "A una onda," que oimos extáticos: Trejo nos dijo una balada tierna y muy simpática: Llorente nos hizo oír sus versos primaverales y nosotros dijimos nuestra pobre cancion titulada "Los pájaros." El último que habló fué Manuel E. Rincon: Principió recitando sus admirables sonetos humorísticos, y á la vuelta de algunos instantes de franca

é ingénuu risa y cambiando de tema nos dijo su admirable soneto "A una madre."

Todos los presentes nos pusimos de pié para felicitar al poeta por tan brillante produccion. Peza entonces lanzó una frase dirigiéndose á Rincon, frase que consagramos entonces como un lauro al talento del amigo del alma.

Dijo el cantor de los niños:

—Eres el rey de los sonetos!

JOSE CASARIN.

XXVII.

VIVE como el ave, entre la arboleda fresca, exuberante y vistosa de un espléndido jardín; pero no es de esas aves bulliciosas y libres que buscan la parvada y con ella canta en gozoso y alegre coro. Este poeta es uno de esos pájaros enamorados de la soledad, con la que tiene íntimas y amorosas confidencias. Ella es su desposada celosa y casta: ella es su Julieta querida, su compañera de amor, que le besa en el alma. Una vez tuvo un capricho: la vio personificada en otra mujer y la dió otro nombre: la llamó Mignon. Y habló de ella, diciendo:

No es Mignon la gitana vagabunda  
cuya túnica flota, desgarrada,  
y que suelta la negra cabellera,  
implora caridades y esperanzas.

\*

No cantan la miseria aquellos lábios,  
ni sus piés se entumescen por el frío.....

*Mignon* es el ensueño irrealizable,

*Mignon* es el cariño!

*Mignon* decimos nosotros es la soledad, es el ideal que flota donde se hace impalpable. Es la vírgen vaporosa, linda y pobre, que pasa cubierta de harapos. . . . . pero cantando: *Mignon* es la poesía.

José Casarin es un verdadero poeta, aunque pocos le conozcan. Se ha ocultado y apenas si han saboreado las armonías de su plectro sus amigos del alma: entre ellos estamos nosotros: nos conocimos en un baile, allí se nos reveló, mas no en el salón cuyos ámbitos fatigaba el eco de la orquesta é irradiaba con la luz de cien ojos brillantes y húmedos de pasión nuestra confidencia primera buscó por únicos testigos los astros de la noche en un cielo intensamente azul: allí conocí á la *Mignon* que hoy presento á los lec-



tores de este modesto libro, que tiene lo que han y mi alma de afectuoso y amante.

Los versos de Casarin son dignos de caer como flores recién abiertas en las azules hojas del album de la juventud.

## ENRIQUE SORT.

### XXVIII.

**N**OS apresuramos á terminar este libro atendiendo á que la fatiga intelectual ocasiona á nuestro cerebro cierto entenebrecimiento, que ya se vá produciendo en él. Efecto es este de la pobreza orgánica que acaba con nosotros.

Así, pues, vengan ya las últimas páginas, que con íntima y muy grande satisfaccion dedicaremos á un poeta que aun con ser tan jóven, ha probado en la candente lisa literaria, que tiene brillantísima inspiracion.

Nos referimos á Enrique Sort de Sanz.

Dicer que el poeta es un enfermo del espíritu. Y es esto una verdad. Los críticos de Byron y de Leopardi lo aseguran y lo prueban. Ave enferma es el ruiseñor, ese poeta de las selvas: todos los artistas padecen lo que Diaz Mirón ha llamado la enfermedad psíquica, que constituye cierta tension nerviosa que aviva todo impulso noble, que predispone á lo que á veces llama escentricidades el vulgo superficial y presuntuoso.

Digámos ya porque se produce esa enfermedad en el alma del poeta. Este quiere el bien donde impera el mal, quiere la luz donde reina la oscuridad; busca el amor donde germina el ódio ó la indiferencia. Y por eso es que le hieren incurables aficciones y que, imágen de Prometeo encadenado, padece crueles y mortales ansias.

Y al sentirse en ese estado doloroso, estalla en sa-grada y terrible cólera que produce sus magníficos cantos, proféticos las mas de las veces, sentidos y nobles siempre.

Y enfermo con esa nostalgia del bien nos parece Enrique Sort, cuyos versos brotan de su lira juvenil

mal amor de los mas altos y generosos ideales. Ah cuando ellos le sonrien, que no ha de ser á menudeo dice con el entusiasmo de su corazon:

—¡Estoy en mis dias felices!

—Que sean eternos, Enrique. Pero olvido al formular este voto, que eres poeta.